

Francisco ALÍA MIRANDA, *Métodos de investigación histórica*, Madrid, Síntesis, 2016. 267 pp. ISBN: 978-84-9077-413-7

Los primeros pasos en la vida investigadora de un historiador suelen estar muy condicionados por su manera de entender la disciplina, pero también y, sobre todo, por el ecosistema académico en el que ha forjado su formación, por el conocimiento, empleo y aplicación del utillaje metodológico que, se supone, le ha dado su proceso formativo. Consciente de la relevancia de ese aspecto, Francisco Alía Miranda vuelve a ofrecer a jóvenes (y veteranos) historiadores, una herramienta de primer orden para no perderse en la vorágine de recursos que los tiempos actuales ofrecen.

Alía es un hombre de archivo y biblioteca, preocupado por la exactitud del juicio vertido, equilibrado en sus afirmaciones, minucioso en la exposición de los datos... en definitiva, exigente con su trabajo y honesto con quienes se acercan a sus obras. Al oír su nombre, vienen a la cabeza del lector sus sólidas aportaciones en relación a guerra civil española en la provincia de Ciudad Real. De entre ellas, y dejando aparte una prolífica lista de artículos y colaboraciones en obras colectivas, cabe destacar tres títulos, claves, por otra parte, para comprender aquel episodio de nuestra historia. En primer lugar, *La guerra civil en retaguardia: conflicto y revolución en la provincia de Ciudad Real (1936-1939)* (1994), que ha sido ampliado y reeditado recientemente por la Diputación Provincial de Ciudad Real y que le posicionó como el historiador de referencia en dichos temas por estos lares. A dicho libro siguieron *Julio de 1936: conspiración y alzamiento contra la Segunda República* (2011) y *La agonía de la República: el final de la Guerra Civil española (1938-1939)* (2015).

Sin embargo, Alía Miranda no es de los que se conforman con el monocultivo temático. Prueba de ello son su biografía de Francisco Aguilera (*Duelo de sables: el general Aguilera, de ministro a conspirador contra Primo de Ribera (1917-1933)*, 2005); la edición que en 2008 hizo de la *Teoría del saber histórico* de José Antonio Maravall y su incansable labor en pro del desarrollo de una historiografía regional sólida, científicamente asentada y alejada de tópicos, que se ha materializado en la dirección y coordinación de diversos congresos y jornadas de historia de la provincia de Ciudad Real de cuya edición científica también ha sido responsable en varias ocasiones.

Su preocupación por los métodos y técnicas de investigación le viene de lejos y corre paralela a su trabajo como investigador y a su labor docente. En 1998 publicó *Fuentes de información para historiadores* y tiempo después llegó *Técnicas de investigación para historiadores: las fuentes de la historia* (2005; reed. 2008), pero su preocupación por las fuentes, los archivos y los recursos bibliotecarios data, incluso, de antes tal y como lo demuestran sus artículos y colaboraciones en relación a la prensa histórica en Internet, sobre fuentes para la historia de España en la red o acerca de los recursos bibliotecarios, especialmente de la Universidad de Castilla-La Mancha.

Por eso no extraña que ahora vuelva sobre este tema, máxime cuando el libro ante el que nos situamos constituye una auténtica puesta al día de lo ya escrito con anterioridad, dada la vertiginosa velocidad con la que se mueven los recursos de que el historiador dispone para llevar a cabo su trabajo.

El libro es una guía de trabajo tanto para el historiador que se inicia como para aquel que desea servirse de las nuevas posibilidades que le ofrecen Internet y las nuevas tecnologías. Como buena guía contiene una virtud y es que puede ser abierto por cualquier parte en función de la fase de la investigación y de las necesidades particulares en las que cada lector se encuentre o de las dudas que tenga en cada momento. Por tanto, es una obra práctica más que reflexiva, de las que conviene tener siempre a mano.

Con todo, conviene explicar, aunque sea brevemente, su estructura. Tras una breve introducción, el contenido de *Métodos de investigación...* se articula en nueve grandes capítulos, que se cierran con una breve bibliografía de referencia que, no obstante, puede ser ampliada en la propia página de Internet de la editorial. Allí, el lector puede encontrar también tres anexos más: uno sobre referencias bibliográficas y métodos de cita; otro con un breve vocabulario sobre biblioteconomía y documentación y un tercero en que se explican con detalle las diferentes tipologías de documentos cartográficos.

Independientemente de los capítulos en que ha quedado dividido, el trabajo del profesor Alía tiene dos partes claramente perceptibles a poco que comienza la lectura. Los cuatro primeros apartados se ocupan de cuestiones de metodología. En ellos se analizan aspectos básicos relativos al trabajo investigador (capítulo 1), las técnicas y operaciones propias del método histórico (capítulo 2) y la función, organización y servicios que ofrecen las bibliotecas y los archivos (capítulos 3 y 4). Sin duda, es la parte del libro con un contenido más teórico, en la que se describe la historia de nuestra disciplina, se explica cómo se ha avanzado y se alerta acerca de las trampas que conviene evitar a la hora de investigar. Minucioso en el detalle, este bloque sirve al autor para hacer ver al lector que, al contrario de lo opinaban los metódicos franceses, no existe una fórmula mágica ni un método único e inescrutable a la hora de investigar, sino una enorme variedad de opciones y procedimientos que cabe adaptar a las necesidades propias de cada proyecto.

Por su parte, el segundo gran bloque se ocupa de analizar las fuentes que el historiador utiliza en sus investigaciones. Los capítulos 5 y 6 pasan revista a las bibliográficas y documentales. Sin duda, se trata de los dos apartados más extensos y detallados, lo cual no significa que el resto de recursos (capítulos 7 a 9) no se analicen de manera cuidada.

Lejos del contenido, importante en sí mismo, cabe destacar que lo verdaderamente reseñable del volumen que ha compuesto Francisco Alía es el interés por ofrecer una visión amplia de la investigación y de las fuentes, que no se limita a las tradicionales escritas, dado que también dedica capítulos y apartados más o menos extensos a las orales (en cuyo uso es un destacado experto), iconográficas y visuales, lo que no supone sino una declaración de intenciones a favor de la apertura metodológica y un guiño a investigadores de otras disciplinas humanísticas.

Con ello, consigue además una obra acorde a los tiempos actuales, dado que no presenta las características de cada recurso, pero, además, lo hace modernizando la información ofrecida en trabajos anteriores e indicando no sólo los medios de acceso clásicos, sino también los más novedosos, ligados, como se ha indicado ya, a Internet y las nuevas tecnologías.

En el terreno de las aportaciones, también puede señalarse que la obra destaca por presentar esos mismos recursos de una forma equilibrada y homogénea. Equilibrada porque se da a cada cual la importancia que verdaderamente tiene y no se magnifica ni menosprecia ninguna de ellas. Homogénea porque lo hace de tal modo que permite al lector

seguir un discurso ordenado, estructurado y fácil de comprender de cara a su posterior puesta en práctica.

De hecho, e independientemente de cuál sea el recurso analizado, se observa el interés del autor por estructurar la información de una manera paralela en todos ellos. Es así como, en primer lugar, analiza las posibilidades de cada fuente y describe sus orígenes y evolución. Con ello apercibe al lector de que la documentación que el historiador emplea como materia prima de su trabajo no siempre (casi nunca en realidad) fue creada con la intención de servir para tal fin. Bajo ese punto de vista, esa pequeña “historia de las fuentes” que traza en cada apartado es también una advertencia al historiador novel, que debe permanecer atento al carácter no siempre objetivo del documento con el que trabaja. Tras ello, se analiza el significado y función de cada documentación en el momento en el que se produjo. En ese contexto, dedica una especial atención a las relaciones de cada fuente con la historia de España. En tercer lugar, Alía se detiene a describir su tipología, la forma y condiciones en que se presentan al investigador y las posibilidades que ofrecen, dando pistas no sólo sobre su uso, sino también sobre temas y campos de trabajo. Finalmente –ya se ha dicho– introduce referencias concretas al manejo de las propias fuentes en Internet, pero advierte de que las nuevas tecnologías no podrán sustituir nunca al historiador. Se trata, no cabe duda, de una llamada de atención –él mismo lo indica– a todos aquellos que piensan “que el trabajo del historiador se puede hacer ya casi en la totalidad desde los despachos”.

Por lo demás, el libro también ofrece lecciones no estrictamente metodológicas. En primer lugar, es una clase (o varias) de historia de España. Y lo es porque cuando su autor repasa las fuentes, los archivos, la creación de bibliotecas o la formación de los diferentes fondos, lo hace a partir de explicaciones en las que se remonta a la génesis institucional de los organismos que produjeron esos documentos o al contexto histórico en el que nacieron las propias bibliotecas, las colecciones documentales o los repertorios estadísticos en los que el historiador actual se apoya. Junto a ello, también es una lección de historiografía, ya que al explicar los recursos que incluye en su libro (sobre todo las mal llamadas fuentes modernas –literatura, cine, arte...–), analiza el tratamiento que a cada una se le ha dado y las diferentes tomas de posición de escuelas e investigadores a título particular en torno a su uso.

En definitiva, nos situamos ante las lecciones y reflexiones de un profesor comprometido con su trabajo, no sólo como historiador; también y, sobre todo, como formador de historiadores. Una guía en el sentido amplio de la palabra pues además de proporcionar recursos y de orientar al lector/usuario/investigador, apuesta decididamente por destacar los nuevos roles en los que debe asentarse la ciencia histórica del futuro: colaboración, apertura metodológica, desaparición de fronteras, cooperación y menor sujeción a los agentes que intentan limitar el libre acceso al conocimiento.

Francisco J. MORENO DÍAZ DEL CAMPO
Universidad de Castilla-La Mancha
FranciscoJ.Moreno@uclm.es